

# Arreglándome la vida

Mirelle Nathalie Aranguren

**LES**  
editorial

Primera edición: febrero de 2020

© Mirelle Nathalie Aranguren, 2020

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2020

© Stefano Tinti y Andrew Lozovyi, fotografías originales de la portada, 2020

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

[www.leseditorial.com](http://www.leseditorial.com)

[info@leseditorial.com](mailto:info@leseditorial.com)

ISBN: 978-84-17829-12-4

Depósito legal: MU 15-2020

IBIC: FA

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

*Este libro se lo dedico a las tres personas  
que cada día me demuestran  
que me quieren y que creen en mí.*

*Gracias.*

*A mi madre, por enseñarme a no rendirme.*

*A mi padre, por enseñarme a no renunciar  
a lo que se quiere.*

*A Ylva, por pedirme que escribiese  
una historia como esta y por apoyarme  
durante todo el proceso.*



## Primera parte



## Recuerdo

Aquí y ahora,  
viviendo,  
que para eso hemos venido.

Mi primer recuerdo tuyo será siempre tu perfil, recostado en el umbral de mi habitación, jugando con el sombrero, mientras me hacías alguna pregunta o compartías conmigo alguna reflexión no solicitada. No ha desaparecido la sensación de alegría que me producía verte, el impulso de correr a tus brazos. No fue la primera vez que te vi, porque ese momento nunca ha existido, siempre has estado ahí, eres parte de lo que daba por hecho en la infancia. No es mi recuerdo favorito de ti, hay tantos llenos de risas, de complicidad, de felicidad. No sabría escoger.

Lo que tampoco logro olvidar es tu rostro mientras me cerrabas la puerta de tu piso en las narices. Tus comentarios de advertencia, de vergüenza, por ser como somos, a la vez que me echabas a la calle. Me dolió, pero reencontrarnos de esta manera es peor.

No quiero que mi último recuerdo tuyo sea tu imagen sin vida en una cama de hospital. Ponte bien, por favor. Hacemos borrón y cuenta nueva. No importa nada más ahora mismo.

El tiempo no existe y, sin embargo,  
lo medimos todo en sus muchas partes.  
Nos encanta usarlo para justificar,  
y así no tener que aceptar  
que, a veces,  
nada tiene sentido.



## Viernes

Poco a poco, las sillas de la oficina comenzaron a vaciarse, no eran las cinco todavía. Les deseé un feliz fin de semana a quienes me esperaban para terminar la jornada tomando una cerveza en el centro. Dije que no podía acompañarlos, que tenía una idea que desarrollar, pero que no quería ver a nadie más a esas horas en la oficina; a disfrutar de esta noche de viernes, ordené. Fui hasta la sala de conferencias, desconecté los auriculares del portátil, la música fluía por la habitación, sobre la mesa descansaba mi taza de café. Ahora solo me quedaba concentrarme, trabajar un rato sin interrupciones. A poner este proyecto en marcha para poder sacármelo de la cabeza hasta el lunes, me dije. Era viernes, el móvil me lo recordaba con sugerencias automatizadas de lo que hacían mis contactos. Le di la vuelta, la pantalla hacia la mesa, sin volumen. Una alternativa ingenua cuando lo que te distrae está en tu cabeza. Trabajé un rato, rocé el *flow*<sup>1</sup>, al menos estaban listas las bases para la campaña. Cogí el móvil. En lugar de ir a ligar a un bar, opté por hacerlo *online*. Llevaba tiempo con esa *app*, me parecía que ya no quedaban perfiles interesantes a los que no les hubiese echado un vistazo. Tenía un mensaje nuevo de la chica con la que

---

1. El estado de *flow* (o flujo) es el estado mental operativo en el cual una persona está completamente inmersa en la actividad que ejecuta.

había quedado al día siguiente. Me envió un enlace. No lo abrí. Seguí ojeando ese mar de rostros. Me encontré a una empleada, la contratamos hace poco. No sabía que le gustaban las chicas. Me sorprendía no haberme enterado. ¿Por qué no habrá dicho nada todavía?, me pregunté y me di cuenta de que necesitaba dejarme de tonterías y centrarme en lo mío. Me puse a trabajar un rato más, pero no me duró mucho la concentración, ¿habrá de verdad alguien que a día de hoy en Madrid viva su sexualidad en secreto en la edad adulta? Me quedé viendo su foto, no me había dado cuenta de lo guapa que era. La pantalla entró en reposo, transformándose en un espejo. No hay nada que me quite la concentración con más efectividad que mirarme a los ojos, verme la cara, es difícil no dejarse llevar por la memoria. No recordaba haber dicho que me gustaban las chicas en mi primer trabajo. Tampoco sé si se me notaba.

## Sábado

No corrí las cortinas al acostarme, quería que la luz me diese en la cara, que no me dejase dormir de más. No suelo poner alarma los sábados, es parte de mi ritual, tener tiempo para despertarme de forma natural, poco a poco. Me gusta quedarme entre las sábanas, con el cuerpo desnudo, sintiendo su textura, y mi libertad. Aquella mañana me di cuenta de que era mi forma de escucharme, de tener tiempo a solas conmigo misma, mi cuerpo, mis pensamientos, mi ser.

Me estiré, cogí el móvil, un poco de música para animar el día, pero comentada. Me gustan los programas de radio en que se ponen a contar chorradas, me recuerdan a las conversaciones que mi madre y mi padre solían tener en la cocina mientras yo jugaba, comía, o los buscaba cansada anhelando un abrazo. Las cosas que una echa de menos. Al levantarme, seguí mi rutina de siempre, aunque parecía que el tiempo transcurría a la mitad de su velocidad, permitiéndome contemplar mis acciones, oír mis pensamientos. Era una sensación constante de *déjà vu*, paramnesia, de todo eso que haces sin darte casi ni cuenta, lo cotidiano parecía extraordinario en su familiaridad. Las voces de la radio, los comentarios, la previsión del tiempo. Mis pasos, el peso de mi cuerpo sobre mis pies. Mi reflejo.

Lo que más temo de la vida  
es mirarme a los ojos y no reconocirme.  
No encontrar sueños  
ni ilusiones.  
No ver más que una rutina sin sentido,  
una vida que transcurre  
sin ser vivida.

Cuando me levanto por las mañanas, voy al baño a mirarme al espejo, a los ojos. Fue un consejo de un amigo. Bueno, no fue un consejo y ya no somos amigos. Él es mi primo, yo lo veía hacerlo al entrar o salir de casa. Se quedaba mirándose al espejo, en la entrada, como desafiándose, sujetándose la mirada, luchando por no bajarla, por no dejar que su reflejo le ganase. Cuando se daba cuenta de que lo estaba viendo, se ponía un poco nervioso, pero siempre acababa sonriéndome. A veces, se me acercaba, me daba un abrazo. En una ocasión, me dijo que crecer era peligroso, que tuviese cuidado. ¿Qué pasa cuando una crece?, le pregunté asustada. Me dijo que nada, que no pasaba nada, que solo era un mal día para él. Estoy exagerando, dijo para tranquilizarse a él mismo más que a mí. Otras veces iba más allá. Mantén la inocencia, mantén la ingenuidad, me decía. Nunca entendí por qué me dio ese consejo, la ingenuidad no trae nada bueno, te engañan o terminas engañándote a ti misma para no tener que aceptar la decepción.

En otra ocasión, llegué a preguntarle por qué se miraba así. Se giró, me dijo que le gustaría saber por qué era como era. A mi rostro confundido, le contestó que no se sentía orgulloso de sus sentimientos, que le daba vergüenza ser quien era. Me asustó, se dio cuenta, pero creo que no sabía cómo darme tranquilidad, porque en el fondo él tenía aún más miedo que yo.

Le respondí con un abrazo infantil, con todas mis fuerzas, y largo, duró todo el tiempo que él necesitaba para salir del trance. Edu, eres el primo más guay, más listo, más divertido de todo el mundo, le dije, mientras le acariciaba la mano, seguía

consolándolo para que volviese a ser el de siempre, para que dejase de darme miedo. Es terrorífico tener que sujetar a un adulto que se ha desmoronado, fue algo nuevo para mí. Aquel día, en cuanto vi a mi madre, me le lancé encima. Necesitaba sentir su protección. ¿Qué pasa, Cris?, me preguntó sorprendida. Me asusta ver a Edu triste, fue el principio de mi respuesta. Mi madre me explicó que Edu no era un adulto, que era joven, que estaba creciendo, y que esa es una experiencia confusa.

Hace tiempo que no hablo con Edu. Nuestras vidas cogieron rumbos distintos, siempre fuimos muy diferentes, Eduardo y yo.

Era sábado, hacía un día precioso. Esa mañana me puse a desayunar con calma, mirando a través de la ventana, con el móvil al otro lado de la habitación. No, no somos tan diferentes, por eso él me duele y, probablemente, yo le duela a él. La familia. ¿Se puede odiar y amar al mismo tiempo? A veces detestamos lo que más queremos, diría mi padre, siempre intentando tomar en serio mis comentarios filosóficos.

Me volví a mirar al espejo justo antes de salir de casa, tengo uno de cuerpo entero cerca de la puerta, para no salir con pintas raras. El pantalón tenía que estar limpio, sin pelusilla, la camisa, planchada. Suelo seleccionar y preparar mi ropa la noche anterior, mientras organizo mis prioridades. Son las ventajas de no tener a nadie por arriba en la jerarquía, ni en lo personal ni en lo profesional, tienes que responder ante ti misma, lo que siempre se me ha dado mejor que tener que seguir las reglas impuestas por otras personas. No por subversiva, sino porque no siempre entiendo las normas implícitas. Pongo mis reglas y las sigo a rajatabla.

Me gusta que los zapatos se vean como nuevos si son de vestir. Los domingos por la noche me siento a pulirlos y pienso en mi infancia, cuando Eduardo venía a visitarnos. Solía ir los domingos por la tarde, no tenía hora fija, eso me gustaba, creaba el efecto sorpresa. Cuánta ilusión me hacía. Siempre iba impoluto, con sombrero y un cigarrillo sin encender porque

mi madre no le dejaba fumar dentro de casa. Me fascinaba la cigarrera plateada que cargaba consigo. Él vivía en otra época, un galán de los años veinte o treinta, pero con el alma *hippie*, siempre hablando de justicia y lucha. ¿Cómo no iba a querer ser como él? Se entretenía dejando que sus dedos jugasen con ese estuche plateado mientras hablaba con mi madre y mi padre.

Mi mamá es su tía, pero parecía su hermana mayor. Eduardo siempre iba a llevarle noticias o en busca de consejo, el trío se sentaba en la mesa de la cocina, porque mi padre no se podía quedar fuera, es muy curioso. El ruido del agua llenando los vasos, de las patas de las sillas arrastrándose sobre el suelo, de sus voces. A Eduardo se le perdía la mirada con facilidad, solía quedarse callado después de haber dicho lo que había ido a contar. Yo veía su perfil desde las escaleras que dan al segundo piso. Mi padre se apoyaba en la encimera mientras comía queso, aceitunas o lo que hubiesen puesto para picar. Mi madre se sentaba casi siempre frente a Edu, mirándolo mientras le daba su opinión, consejo u orden; a esa edad, yo no entendía la diferencia. Eduardo se sentaba cabizbajo, con sus rizos oscuros flotando por la inercia de los movimientos de su cabeza, y la cigarrera en las manos. Le gustaba vestirse de negro, con camisas de color claro, como una estrella del *blues*. Tarde o temprano se daba cuenta de que yo estaba allí, observándoles, me sonreía, me guiñaba el ojo. Esa era la señal, podía correr a abrazarle, a quedarme con las personas adultas en la mesa. Dependiendo de si les había dado tiempo o no de acabar la conversación, la seguían en clave. No sé si tenían un código predeterminado o si lo improvisaban, pero sí sabía que no querían que me enterase, por eso me acostumbré a darles tiempo y espacio. De sus brazos corría a los de mi madre o de mi padre, quien estuviese más cerca; entre cosquillas, los oía hablar sobre decisiones, cómo tomarlas y cuándo, de riesgo y arrepentimiento. Del tiempo, de la edad. Me daba mucha curiosidad crecer, la vida parecía tan emocionante, el mundo de verdad, ir a la universidad, vivir por mi cuenta. Fascinante.

Ahora echo de menos la infancia. Tener siempre los brazos de alguien mayor que tú, que te quiere, te cuida, que se hace cargo de todo cuando te has cansado y ya solo quieres poner el mundo en pausa. Quiero volver a la cocina de la casa de mi niñez, a jugar debajo de la mesa mientras hablan en clave para protegerme.

En aquella cocina vi a Edu expresar un mundo de sentimientos, era donde se desahogaba, y donde yo descubría poco a poco todas las cosas que se te escapan de niña, todo el universo que me esperaba en el futuro. Me hacía sentir muy segura oírlos hablar, reír, enfadarse con la vida, con la sociedad, mientras yo jugaba a que me hacía mayor, con trabajo, con ropa de adulta, con libertad. No sabía yo entonces que nunca iba a ser tan libre como cuando usaba la imaginación a diario y le llamaba jugar. Muchas veces acababa sentándome debajo de la mesa con el juguete de turno. Para ser libre tienes que sentirte protegida.

Me sentía tan afortunada de tener una familia, esas personas que dedican tiempo a escucharse, a darse consejos, a confesar sus errores, sus miedos, a compartir sus preocupaciones. Esos momentos me llevaron a idealizar a esas tres personas, a esperar que tuviesen siempre todas las respuestas, que supiesen cosas como cuál es la verdad o qué es lo correcto.

A veces, me gustaría volver a esa edad, a esa cocina, a sentir esa seguridad. Quizás aprendería a verlos con otros ojos, con más amor y menos exigencias. No, el tiempo no se puede echar atrás, las decepciones no se pueden borrar del corazón en un instante de iluminación divina. Lleva tiempo aceptar una desilusión porque tenías tu confianza puesta sobre esa idea, te apoyabas en esa realidad que acabó siendo ficción, y te caíste de golpe.

Si todas las personas fuésemos siempre niñas, no habría nadie con más experiencia que nos diese amor, seguridad, y un hogar donde hay tiempo y espacio para jugar. Hasta que llega un día que no queda otra opción que cruzar una línea invisible, aceptar que la infancia se ha acabado, y entender que incluso las personas que amas se equivocan, que las personas que idealizas son humanas, que no lo saben todo, ni tú tampoco.

Un juego de niñas,  
con disfraces.

Un juego que se puede poner en pausa.  
Y volver a empezar.

Recuerdo una vez que mi madre se quedó muy preocupada tras su visita. Edu lleva meses viniendo a decirnos algo que no nos acaba de contar, comienzo a preocuparme, Agus, le dijo a mi padre, estaban en el salón, acabábamos de ver marchar a Edu en su primer coche. Me había llevado un modelo en miniatura, un juguete, repliqué a mi primo con plastilina para que pudiese conducir los dos vehículos. Yo jugaba con el cochecito, mi madre le hablaba a mi padre y él la abrazaba mientras le decía que seguro que era la edad. Las cosas son muy complicadas cuando se es joven, ¿ya no te acuerdas?, le dijo con una sonrisa, pero mi madre seguía muy seria. Es algo más, pero no me lo cuenta, eso es lo que más me preocupa.

Recuerdo que en ese momento se me ocurrió cómo solucionar el problema, ¿por qué no se lo preguntas, mamá? Ella me miró con una sonrisa de esas que solo genera la parte más dulce de la ingenuidad humana. Claro que yo tenía razón, lo que no tenía era conocimiento, ignoraba que la gente no siempre contesta a lo que se le pregunta, y que si lo hace, no hay garantía de que esté diciendo la verdad.

Me volví a mirar al espejo, cogí las llaves del coche. Era sábado, el calendario indicaba que había que hacer la compra semanal. Tenía la lista en el móvil, dinero en la tarjeta y sed de rutina. Todo en orden. Mi rostro reflejaba control como el de Edu durante aquellos años de su vida.

Me asusta pensar que si aquel día  
no me hubiese levantado con el pie izquierdo,  
nunca te hubiese encontrado.



Lámalo destino, casualidad,  
capricho de la vida,  
me da igual.  
El hecho es que tú estuviste allí  
ese día, a esa hora.  
Y yo también.